

**Michael Seidman. 2017. *Antifascismos, 1936–1945. La lucha contra el fascismo en ambos lados del Atlántico*. Traducción de Hugo García. Madrid: Alianza Editorial, 442 págs.**

**CARLES BRASÓ BROGGI**

Universitat Oberta de Catalunya (España)

[orcid.org/0000-0003-4340-3259](https://orcid.org/0000-0003-4340-3259)

doi: <https://dx.doi.org/10.7238/dd.voi6.3152>

*Antifascismos, 1936–1945* es un estudio comparativo del antifascismo en España, Francia, Reino Unido y Estados Unidos entre 1936 y 1945. Según Michael Seidman, el antifascismo se define por su prioridad en actuar o luchar contra el fascismo y por su rechazo a las teorías antisemita y pacifista (p. 23). En este concepto caben movimientos sociales, decisiones y alianzas político-militares y cuestiones ideológicas. El autor arguye que el antifascismo se divide en una corriente revolucionaria que emergió con fuerza durante la Guerra Civil en España y en un antifascismo posterior, contrarrevolucionario, que tuvo su apogeo durante la Segunda Guerra Mundial. La tesis central del libro es que el fascismo fue derrotado gracias a la alianza entre ambos tipos de antifascismo. Sin embargo, mientras la historiografía tiende a identificar el antifascismo como un fenómeno de izquierdas, el autor quiere reivindicar la importancia de otro tipo de antifascismo, el contrarrevolucionario, y su papel fundamental en la victoria aliada de la Segunda Guerra Mundial.

El primer capítulo se centra en la guerra en España y su carácter revolucionario. Seidman argumenta que el carácter revolucionario del antifascismo en España se mostró incapaz de derrotar a su enemigo contrarrevolucionario, una idea sugerente, aunque ambos conceptos (revolucionario y contrarrevolucionario) son comunes, tanto en la literatura de la época como en la historiografía posterior. Según el autor, en España se produjo «la revolución más intensa y espontánea que haya experimentado nunca un país europeo» (p. 34). Se percibe un cierto determinismo en esta aseveración —discutible por otro lado— que el autor identifica con las especificidades de España («la intolerancia militante representó uno de los cimientos de la España moderna», p. 34). Sin embargo, tanto el carácter

intenso y espontáneo de la revolución española como la hipótesis de que la intolerancia militante cimentase la España moderna, son aseveraciones que requerirían ser luego demostradas y argumentadas con más profundidad. En este sentido, algunos adjetivos que acompañan a los conceptos importantes (como «huelga salvaje», págs. 356, 357, 361, expresión a la que me referiré más adelante) no quedan demostrados y restan objetividad a la explicación de los hechos.

Por otro lado, el capítulo contiene información valiosa sobre diversas cuestiones relativas al fascismo y al antifascismo: cómo los movimientos sociales revolucionarios tildaban de fascista el orden liberal-capitalista (abundan las alusiones a un “fascismo” entrecomillado), el papel cismático de la religión entre los antifascismos revolucionario y contrarrevolucionario, el antirracismo de las Brigadas Internacionales, el impacto internacional de la Guerra Civil española y el consiguiente desencanto de los movimientos pacifistas europeos, etc. Seidman incluye movimientos sociales, políticos y culturales a través del uso de variadas fuentes primarias y secundarias. Sin embargo, el lector encuentra omisiones importantes, como la trilogía de Ángel Viñas sobre la política internacional republicana durante la guerra (*La soledad de la República*, *El escudo de la República* y *El honor de la República*) o la obra de Burnett Bolloten *The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution*. Con todo, en el último capítulo, Seidman habla de las similitudes entre la España republicana y la situación de los países de Europa del Este entre 1944 y 1948 (p. 374), un argumento que parece surgido de las tesis de Bolloten.

El segundo capítulo, «El déficit antifascista del frente popular francés», aborda el antifascismo en Francia en los gobiernos de Blum y Daladier. Seidman ubica en la Francia de los años veinte el origen del concepto antifascista. Concretamente, se refiere a las dificultades de las organizaciones obreras para encontrar un plano común de lucha y al abuso, tanto por parte de comunistas como de socialistas, del concepto fascista para criticar cualquier posición contraria a sus tesis. Esta desconfianza desvirtuó la fuerza del movimiento antifascista francés, que se centró más en luchar contra el enemigo interno que contra las amenazas exteriores, una tendencia que, según Seidman, anticipó el gobierno colaboracionista de Vichy (p. 97). Pero, a diferencia de España, el triunfo del Frente Popular en

Francia no desembocó en episodios de violencia revolucionaria en contra del clero o de la propiedad privada. El conflicto social estuvo dominado por huelgas laborales y las pugnas derivadas de la implantación de la semana de cuarenta horas. Seidman ofrece una interesante explicación de las consecuencias de las huelgas sobre la producción en Francia (en un entorno de creciente militarismo) y del carácter ambivalente del antifascismo. Los problemas que tuvo Francia para interpretar el fascismo y articular una respuesta eficaz se hacen extensivos a los sectores conservadores de la sociedad, al tiempo que responden a un cierto sentimiento de culpa por las condiciones impuestas a Alemania en el Tratado de Versalles.

A continuación, se describen las características del antifascismo británico, «3. El antifascismo contrarrevolucionario británico y francés», que el autor relaciona con las reformas protestantes de los siglos XVI–XVII y la ética del trabajo (p. 139). Sin embargo, mientras que en el caso francés abundan los ejemplos de desunión dentro de las filas antifascistas, este capítulo se centra en las luchas contra los fascistas de Oswald Mosley y en la emergencia de un movimiento más amplio, tanto a la derecha como a la izquierda, representado por *The Middle Way*, de Harold Macmillan, y la reacción de Churchill en contra del apaciguamiento. Seidman cruza diversos clivajes sociopolíticos (religión, pacifismo, ideología, clase social), tanto en Francia como en el Reino Unido, y obtiene resultados interesantes en puntos de vista ambivalentes respecto a la amenaza fascista y al ascenso de la Alemania nazi. Estas ambivalencias o contradicciones se exacerbaban con la alianza germano-soviética y el inicio de la Segunda Guerra Mundial, en septiembre de 1939. Asimismo, el autor usa declaraciones de líderes políticos, que muestran la riqueza y pluralidad de la opinión pública en ambos países. Sin embargo, la cuestión judía y el antisemitismo, pese a ser factores esenciales del antifascismo, según él mismo define en la introducción, tienen un tratamiento menor que otros clivajes como el cristianismo, el conflicto de clases o incluso la tradición liberal de cada país.

Los siguientes capítulos («5. El antifascismo contrarrevolucionario estadounidense» y «6. Antifascismos unidos, 1941–1944») analizan el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial y la entrada del antifascismo norteamericano. De nuevo, Seidman profundiza en los movimientos obreros

mediante discursos políticos y artículos de prensa para extraer ambivalencias y contradicciones en el movimiento antifascista en los Estados Unidos. Las perspectivas de las minorías, el discurso antifascista en los estados del sur (el «antifascismo contrarrevolucionario sureño», p. 233) y el papel de los movimientos religiosos, entre otros, aportan interesantes y novedosas interpretaciones sobre el auge del fascismo a nivel global. Pese a esta multiplicidad de aproximaciones al antifascismo, la invasión alemana de la URSS y el estallido de la Guerra del Pacífico en 1941 cimentaron la colaboración entre revolucionarios y contrarrevolucionarios. En esta alianza, revolucionarios y contrarrevolucionarios tuvieron que ceder y renunciar a parte de sus objetivos en la lucha contra el Eje, algo que fue definitivo para la victoria aliada.

Sin embargo, los movimientos sociales (sobre todo los protagonizados por la clase obrera) siguieron mostrando las ambigüedades del antifascismo. Seidman advierte sobre la situación en las fábricas durante la guerra en Francia, Reino Unido y los Estados Unidos. Las «huelgas salvajes» en que los obreros pedían incrementos salariales se produjeron en un contexto de guerra en que la producción era fundamental para asegurar los suministros y el esfuerzo bélico. Con ello, Seidman quiere demostrar la «naturaleza condicional» (p. 350) del antifascismo, una tendencia que ya se había observado durante la Guerra Civil española. Este capítulo («7. Más allá del fascismo y el antifascismo. Trabajar y no trabajar»), el más extenso del libro, contiene una mayor riqueza de fuentes primarias y conocimientos nuevos, en tanto que estudio comparativo del activismo obrero durante la Segunda Guerra Mundial. La conclusión de esta parte dedicada a la cuestión obrera es que ni el fascismo ni el antifascismo no lograron identificar a los trabajadores y trabajadoras de las fábricas con el productivismo bélico, que necesitaba una ética del trabajo más dura y abnegada. Pese a todo, al describir las huelgas como una simple forma de resistencia al trabajo (de ahí seguramente la adjetivación de «salvajes»), se olvida de que las negociaciones que tuvieron lugar en las fábricas españolas, británicas, estadounidenses o francesas respondían a tensiones laborales concretas entre los movimientos obreros y la contraparte empresarial. En definitiva, tal y como indica el mismo título del capítulo, se trata de una cuestión que va «[m]ás allá del fascismo y el an-

tifascismo» y que no debería reducirse a una dualidad entre revolución y contrarrevolución.

Tal vez el principal problema del libro esté en la dificultad para comprender los conceptos de antifascismo revolucionario y contrarrevolucionario. El autor recurre a menudo al término “fascista”, entre comillas, para referirse a varias opiniones críticas dentro del movimiento antifascista. Estos entrecomillados y el uso reiterado de la palabra fascista para describir corrientes distintas del antifascismo dificultan la comprensión del movimiento. Quizá consciente de este problema, Seidman añade otras categorías al antifascismo: «liberal, conservador y restauracionista» (p. 27), «tradicionalista» (p. 29), «de izquierda y de derecha» (p. 30), «cristiano» (p. 223), «regional» (p. 229), «revolucionario marxista» (p. 258), «de estado» (p. 353), «democrático» (p. 384), «patriótico» (p. 395), etc. En este sentido, no sorprende que una de las conclusiones del libro sea la falta de consistencia del movimiento antifascista («ningún país importante demostró un antifascismo consistente», p. 399). Seguramente, haber acotado mejor la definición del concepto de antifascismo y, en definitiva, el objeto de estudio de esta investigación, habría ayudado a esclarecer mejor estas cuestiones.

Por otro lado, Seidman alude a diversas herencias revolucionarias, como las «revoluciones atlánticas del siglo XVIII» (págs. 26 y 378), que formaron los pilares de los sistemas políticos y económicos de Francia, Reino Unido y los Estados Unidos (España parece ajena a esta tradición). Pese a esta herencia explícitamente revolucionaria, la posición de estas potencias se define, en general, como contrarrevolucionaria, dada la oposición de estos países a la revolución rusa y a las actividades posteriores del movimiento comunista internacional. También se menciona el carácter revolucionario de los movimientos fascistas (págs. 110 y 260–261). Por consiguiente, los tres principales movimientos caracterizados en esta obra (los dos antifascismos y el fascismo) pueden definirse como revolucionarios o contrarrevolucionarios según su herencia y su posición respecto a los diversos frentes que se sucedieron entre 1936 y 1945. Así pues, el loable intento de ensanchar la base teórica del antifascismo se ve superado por una definición demasiado amplia que impide concretar esta teoría en los hechos históricos, al poder aplicar indistintamente las categorías de revolucionario y contrarrevolucionario, según cada circunstancia.

Pese a estas cuestiones, el libro aporta conocimientos nuevos sobre las ambivalencias y contradicciones del antifascismo, sobre todo en los ámbitos del movimiento obrero y de la política internacional. Seidman plantea ideas originales y controvertidas que pueden servir de inspiración para nuevas investigaciones. Estas investigaciones deberán profundizar en las distintas corrientes del antifascismo que el autor apunta, con el objetivo de mejorar las definiciones existentes y avanzar en el conocimiento de este movimiento.